

Recordar, compartir, aprender

## Murcia

María Berruezo Castillo, 71 años

Francisco Javier García, 23 años

### LA HISTORIA DE UNA MAESTRA CON MUCHO QUE APRENDER

*María estudió magisterio en la Universidad de Murcia y trabajó como maestra de escuela varios años por distintas pedanías de la región. Posteriormente ha realizado estudios de Teología, está afiliada al centro de estudios Fundación Sabater y matriculada en el Aula de Mayores.*

*Ha estado toda la vida aprendiendo sin descanso, y no tiene intención de detenerse.*

15 de Julio de 1959.

Más de una lágrima recorría las mejillas de María Berruezo Castillo, con 21 años de edad, en el viaje de vuelta a Murcia, montada en un coche de punto cargado de ofrendas. Mirando por la ventanilla veía el camino que le recordaba su llegada a Gañuelas de Mazarrón, donde había ejercido de maestra de escuela durante un año.

Por aquel entonces el autobús de Totana la dejó en la orilla de la carretera, no había nada alrededor, sólo montes desiertos y un hombre con una burra esperando en un camino. Ella iba a presentarse a un pueblo, vestida con falda estrecha y tacones, pero le tocó andar, por un camino empedrado, durante una hora y media hasta que decidió, agotada, subirse en la burra de Pascual.

El pueblo estaba formado por casas esparcidas en medio de un desierto repleto de miseria en el que no había ni agua, ni luz, ni aseos (las personas debían hacer sus necesidades tras una pitera). La casa donde se hospedaría estaba junto al colegio. Tenía un agujero en el techo reparado con paja, barro y cañas, y la mesita de noche fue de fabricación casera con una caja de madera.

En el colegio sólo había leche en polvo, queso (muy rico) y mantequilla que se derretiría al llegar el verano, todo donado por los americanos. No había mesas; las sillas las trajeron los alumnos de sus casas y se las llevaban en vacaciones; las tizas se las encargó a Pascual, el de la burra, que hacía de recadero del pueblo además de un furgón que venía cada ocho días, si no llovía, para vender a la gente del pueblo pan, aceite, especias...

Junto a su casa, vivían dos personas mayores, Juan y María, personas bondadosas, que la querían como a una hija. No tenían mucho, pero todo lo compartían. Comía con ellos migas con ajo todos los días, y de cenar siempre sémola, es decir, pan para comer y pan para cenar.

María recordaba el primer día de clase: estuvieron viniendo niños todo el día. Destacaban tres niños de 8, 7 y 6 años que debían hacer 5 kilómetros calzados con sandalias, fuera verano o invierno, sin nada que echarse a la boca.

La maestra dividió la clase por grupos de sillas en educación infantil, primaria y secundaria; los niños que sabían escribir o leer algo ayudaban a los otros. Con las tizas y a base de canciones enseñó los ríos de España y las regiones, explicando siempre tanto para los grandes como para los más pequeños. Además las clases de ciencias naturales se desarrollaban en el campo, con la posibilidad de mostrarles las partes de una planta, las diferencias entre ellas, los diferentes animales... Les enseñó a coser ojales y botones, y a hacer plantillas utilizando punzones de pitera como método para agujerear el papel.

En los recreos, las niñas jugaban a ponerse botes en los zapatos para simular tacones y los niños ponían enfermo a Juan porque siempre estaban corriendo en su era de trigo.

La maestra les propuso un juego: dos veces por semana iban a por agua. Los niños iban saltando y cantan-



do durante dos horas hasta llegar al manantial, donde, cada uno con su lechera, debía llenar una caña partida transversalmente, poniéndola junto al chorrillo de agua que salía de la tierra, y una vez llena la media caña, la echaban sobre un paño a modo de filtro para retener los gusanillos y la tierra y así el agua caía limpia en las lecheras. El camino de vuelta era mucho más tranquilo, los niños debían procurar no derramar el agua que tendrían para beber hasta volver allí, dos días después.

En el colegio no había horarios. María se iba a su casa cuando se marchaban todos los niños. A veces, cuando llovía y los niños vivían muy lejos, dormían juntos en un colchón puesto de lado. Cuando oscurecía, usaba palmatorias que los niños le enseñaron a hacer: se mezclaba barro y paja, se le clavaba una caña y en ésta, una vez todo seco, se ponía la vela.

La maestra recordaba que un día, al terminar la clase, un hombre viejecito cabizbajo y con boina la esperaba sentado fuera, éste le dijo que tenía un dilema. Era por la herencia con su hermano: le preocupaba que quisiera quedarse con más de la cuenta, y no quería pelearse con él.

En realidad, lo que resultó ser, fue que debía firmar un papel y no sabía firmar. Ella le dijo que podía firmar poniendo el dedo en tinta y luego presionando el papel marcando su huella. Pero el verdadero problema era, y lo dijo un poco avergonzado, que le dijo a su mujer antes de casarse que sabía leer y escribir y no era cierto. La maestra le propuso enseñarle, y durante cinco días este hombre fue al colegio por la mañana y por la tarde y aprendió a escribir su nombre y apellido. Ella le dio una hoja de piel de mazorca, con el hueco de su nombre atravesado con un punzón, para que fuera probando en cualquier momento del día a hacer su firma sin necesidad de sacar una hoja de papel, que resultaría sospechoso y sería el hazmerreír.

Al final pudo firmar, y el hermano y él quedaron a partes iguales. El conflicto no sería más que 20 centímetros de tierra a favor de uno u otro, pero lo que le conformó realmente fue escribir su nombre y poder firmar. Tanto se alegró que le propuso hacer una obra de teatro, cuyo autor era Alfonso Paso.

La maestra recuerda muy bien que en la obra, que se representó días antes de marcharse, participaron niños, padres y gente del pueblo. A María le tocó el único papel que quedó libre y que, casualmente, le venía como anillo al dedo, porque lo que decía era una reproducción de sí misma cuando llegó al pueblo, dando lugar a innumerables risas:

“Traigo un cansancio tan grande,  
y un trimulto (tumulto) en la cabeza,  
que de tanto montar en burro tengo  
escaldá la zagüera (culo).”

Hubo llantos el día de su partida, y tuvo que regresar a Murcia en un coche de punto, lo que ahora es un taxi, para poder cargar con todo lo que le regalaron: dos pavos, cuatro pollos, botecitos de colonia fabricada por los niños, hecha con mejorana, tomillo, pétalos de rosa y jazmín... El mejor regalo, para ella, fue una docena de huevos enrollados cada uno en piel de mazorca y atados con hilo de esparto dentro de una caja de zapatos.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

Para María Berruezo, lo que merece la pena de la vida, es vivirla. Esa gente de Gañuelas no sabía que ahí afuera había un mundo lleno de cosas y posibilidades, de cosas inútiles y posibilidades intangibles, inalcanzables, que no hacen sino alejar a uno de sí mismo, de ser feliz. La felicidad no se encuentra en las cosas en sí, sino en la forma de tratarlas.

Esta gente aprovechaba hasta el más mínimo recurso disponible a su alcance y no pedía más; la carencia les hacía derrochar bondad en cada uno de sus actos. Eran personas plenas, que vivían en paz, y esto enamoró



a María de aquel lugar. No recuerda ver personas más felices que aquellas, ni tampoco hay mayor riqueza en su memoria, que aquellos momentos.

La gente debería preocuparse por el ahora, el pasado es incambiable y el futuro incierto. Hay que disfrutar y deleitarse con cada paso que se da, e intentar llenar la vida de momentos enigmáticos. Hay que, aunque sean las circunstancias mas oscuras, conseguir sacar algo de luz para discernir lo positivo de cada instante.

Hay infinidad de cosas que puedes hacer en cada momento y hay que saber elegir bien y ocupar nuestro tiempo en cosas que nos llenen, satisfagan, y nos hagan plenamente felices.

María es una persona feliz, ha mirado siempre la vida con buenos ojos y esa es la recompensa. Su bondad, traída de aquel lugar, le ha enseñado que ser justo es justo la forma de actuar.

Así, lo que merece la pena de la vida para María, es toda la vida, en general... Vivir, es la única forma.